

trarle y cuidarle. En seguida Hipaco le preparaba una cama, curaba las llagas, si el enfermo las tenía, le daba el alimento necesario, y lo trataba con toda la ternura de un corazón lleno de caridad. Si el enfermo llegaba á agravarse, lo ponía en conocimiento de un sacerdote, para que le administrase los santos Sacramentos, y no le abandonaba hasta que moría, ó recobraba la salud.

Añade el autor de su vida que, cuando sabía que algún hermano se hallaba enfermo, iba á visitarlo, hacía sobre él, y sin que lo advirtiese la señal de la cruz, y tomándole de la mano, le decía: « El mal ha cesado: podeis entregaros á vuestro oficio. » Y efectivamente, estaba curado.

Envidioso de su fervor, el demonio le atacó con tentaciones muy violentas, á las que Hipaco opuso las armas de la oración y del ayuno, saliendo siempre victorioso. Pasaba con frecuencia cinco dias sin tomar ningún alimento, y se acostaba sobre una estera. Sintióse más violentado por la tentación, pasó cincuenta dias sin beber, lo cual le produjo dolores muy agudos en las entrañas, y sus labios, quemados por el ardor de la sed, aparecieron quebrados por grietas enormes. Notándolo sus hermanos, dieron parte al superior, el cual le llamó despues del oficio de la noche, y en presencia de los demás le hizo tomar un poco de pan mojado en vino. Obedeció Hipaco, por más que nunca había probado esta bebida, persuadido de que esta obediencia sería más agradable á Dios que su abstinencia.

En este tiempo hizo el Señor sentir de una manera especial su protección sobre el monasterio. Los bárbaros que hacían sus correrías por la Tracia, vinieron á apoderarse de él, más una piedra arrojada sobre ellos por uno de los agujeros del muro que lo defendía, los puso á todos en fuga. Pero al mismo tiempo que estos religiosos se vieron libres de los bárbaros, fueron cercados por una multitud

numerosa de gente de la campiña, que había sido despojada de sus bienes por los invasores, y que venía á buscar en su caridad recursos para no morir de hambre.

El abad Jonás que, como hemos dicho, era superior del monasterio, carecía de medios para atender á esta calamidad, y se dirigió á Constantinopla, exponiendo á las personas más caracterizadas de esta ciudad el estado deplorable á que se hallaban reducidos sus vecinos, y su imposibilidad de atender á sus necesidades. Sus ruegos fueron atendidos, y se le enviaron algunas naves llenas de trigo y de legumbres, para que distribuyese estos socorros según su prudencia.

Pero no se limitó el celo del abad Jonás á esta obra de caridad, sino que á muchos poderosos, que cometían toda clase de vejaciones, les exhortó á que las reparasen, si no querían atraer sobre sí las venganzas divinas. Hízose el defensor de los que eran injustamente perseguidos, sin temor ni respetos humanos, y su virtud le atrajo tanta veneración, que se le miraba como á un padre, de quien debían esperarse tanto las manifestaciones de cariño como las justas reprehensiveiones.

Tal era el crédito que en poco tiempo alcanzó el abad Jonás en la ciudad imperial. Mientras que en ella se hallaba detenido por una enfermedad, llegó el padre de san Hipaco para evacuar un litigio, y atravesó el Bósforo para ver á su hijo en su monasterio. Se anunció al que hacía las veces de superior como padre de Hipaco, y todos los religiosos quedaron admirados de la humildad de este hermano, que, por amor de Dios, había querido ocultar su verdadera condición, y pasar por sirviente de un rico ganadero. Le anunciaron la llegada de su padre, pero este perfecto religioso, que se había desprendido de la carne y de la sangre, se excusó de verle en un principio, y fué necesario que lo violentase en cierto modo la obediencia.

Abrazó, pues, tiernamente á su padre, le preguntó por su madre, y supo que hacía algún tiempo que había muerto. Cuando tuvo conocimiento del negocio que llevaba su padre á Constantinopla, pidió licencia al superior para acompañarle y recomendarle al abad Jonás que aún estaba en esta ciudad. Se hospedó con su padre en el barrio de Eleuterio, como entónces se le llamaba, para vivir con mayor recogimiento, y despues de atender á su padre y de prestarle los servicios que estaban á su alcance, dándole consejos saludables, se separó de él.

Pero Dios, cuya Providencia dirige todas las cosas á fines altísimos, hizo ver que en esta ocasión había atraído á Hipaco á Constantinopla, para un negocio de mayor importancia, que el que preocupaba á su padre. Había en Constantinopla un asceta llamado Timoteo, muy estimado por su virtud, el cual, atraído por la de Hipaco, vino á visitarle al barrio en que se hallaba hospedado, y le pidió que lo admitiese en su compañía. Otro religioso llamado Mosquión vino con la misma pretensión, pero como Hipaco no tenía pensamiento de permanecer en Constantinopla, aún cuando en esta ciudad había otros religiosos, manifestó á estos pretendientes que no acostumbraba vivir en las ciudades, sino en las montañas. Le respondieron que estaban dispuestos á seguirle á donde quisiese, y en su consecuencia atravesaron el mar, y se dirigieron á Calcedonia, desde donde avanzando hacia el Oriente para encontrar una caverna adecuada á sus designios, descubrieron una á tres millas de la iglesia y del monasterio de Rufino, de que más arriba bemos hablado. Pero desde que los monjes egipcios habían abandonado esta casa, no se veían más que ruinas, en que apenas podían reconocerse vestigios de una casa religiosa.

Hipaco no temió fijar allí su residencia á pesar del rumor que aseguraba que este lugar estaba infestado por el

demonio; ántes bién, armándose con el signo de la cruz, se estableció con sus compañeros, y aún cuando de tiempo en tiempo hacía el maligno espíritu mil escaramuzas y ruidos para espantarlos, ellos perseveraron fiel é intrépidamente sus observancias monásticas. De todas las antiguas celdas sólamente quedaban una utilizable y el oratorio para la salmodia y para los demás ejercicios de piedad. Vivían del trabajo manual: unos se dedicaban á hacer cilicios, otros esteras, y otros á cultivar un pequeño huerto. Había entre Hipaco y Timoteo como una especie de piadosa emulación, esforzándose cada uno en ayunar, en velar, en orar, y en hacer todo género de progresos en la humildad y en la caridad.

El demonio, que con sus artificios no había conseguido arrojar de aquel lugar á los siervos de Dios, intentó dividirlos, inflamando más de lo conveniente el celo de Timoteo. Habían venido otros muchos religiosos á unírseles, y la pequeña comunidad se había aumentado considerablemente, con cuyo motivo el celo de Timoteo creció con el de nuestro Santo, que era más dulce y moderado. Quería este que Timoteo se encargase de la dirección del monasterio, y soportaba con mucha moderación su carácter desabrido, pero á la vez que Timoteo rehusaba este cargo, quería que todo se gobernase á su capricho. Entónces Hipaco tomó el partido de ceder y retirarse á su primer monasterio de Tracia. Encontró á uno de sus compañeros que abrigaba los mismos deseos, y emprendieron el camino; pero hé aquí que un dia un hombre poseído del demonio y paralítico les suplicó que le socorriesen. Hipaco, lleno de compasión, propuso á su compañero llevarlo en hombros á la iglesia, y habiéndole frotado con aceite de la lámpara, despues de orar por él, quedó enteramente curado.

Admirados de semejante prodigio, los habitantes del

lugar les suplicaron que se detuviesen para curar á otros enfermos, pero los santos varones respondieron que eran miserables pecadores, y que sólomente debían atribuir al poder de Dios la curación de este paralítico. Este no quiso abandonarles, y les siguió hasta el monasterio, en que el abad Jonás y sus religiosos los recibieron con señales de gozo y de ternura, tanto más cuanto que el paralítico les refirió como había sido curado por las oraciones de Hipaco. Todos dieron gracias al Señor, y no alvidaron que el Santo, ántes de partir para Constantinopla, había recibido el don de milagros y sobre todo el de curar á los enfermos. En cuanto al paralítico, renunció al mundo, y se hizo monje en esta casa.

Hipaco pidió al abad Jonás que le diese una celda en donde pudiese vivir con el más absoluto recogimiento. Entre tanto Timoteo y los demás religiosos de su monasterio, llenos de aflixión por verse privados de Hipaco, no dejaron de buscarle, hasta que, sabiendo que se hallaba en el monasterio de Jonás, se aprovecharon de un viaje que este abad había hecho á la ciudad, y vinieron á postrarse á sus pies, pidiéndole encarecidamente que les mandase á Hipaco. En este tiempo cayó enfermo Jonás, y mandó llamar al Santo, sabiendo por revelación que no curaría, mientras éste no viniese á orar por él.

Hubiera deseado que se revocase esta orden para no tener que dejar su retiro; pero la obediencia le obligó á partir con otro religioso que se le dió por compañero. En el camino le manifestó Dios su voluntad por medio de una voz celestial, que, al hacer la oración de la hora de Tercia, le dijo que era voluntad de Dios que volviese al monasterio de Rufino, en donde le destinaba para grandes cosas y para su gloria. Esta voz fué oída al mismo tiempo por su compañero, que, lleno de terror, se postró en tierra.

Encontraron tan enfermo al abad Jonás, que había perdido la palabra. Hipaco oró por él, y teniéndole de la mano, le dió de comer, pues hacía bastante tiempo que no había tomado alimento. Poco á poco fué recobrando sus fuerzas, y al cabo de algunos dias estaba enteramente restablecido. Entónces le dijo que era voluntad de Dios que fuese al monasterio de Rufino para cumplir los designios que acerca de él tenia, y llamó á Timoteo. Cuando ambos estuvieron en su presencia, les dijo con gran dulzura, que no era extraño que hubiese entre ellos alguna divergencia, pues que hasta entre los apóstoles la hubo; pero que les exhortaba á vivir en adelante en la más estrecha unión. Al oír estas palabras, se postró Timoteo á los pies de Hipaco, que á su vez hizo otro tanto. Se pidieron mutuamente perdón, y sus religiosos se sometieron enteramente á la dirección de Hipaco, en cumplimiento de la voluntad de Dios que se lo había revelada en el camino. Con todo el celo de que era capaz se consagró á conducirlos por el camino de la perfección religiosa. Tenia entónces cuarenta años.

Aunque había muchos monasterios tanto en Constantinopla, como en Nicomedia y sus alrededores, no formaban todos comunidad, sino que cada uno seguía sus leyes particulares, y se gobernaba bajo la dirección de su abad. Era conveniente que se uniesen bajo la misma regla y gobierno, y san Isaac, sacerdote y abad de Constantinopla, que vivía en tiempo de nuestro Santo, y de quién más adelante hablaremos, fué escogido para visitarlos. Por los cuidados de este Santo vinieron á formar todos estos monasterios un solo cuerpo compuesto de muchas casas religiosas, en que los monjes, en número de cincuenta, y aún de ciento, se consagraban á glorificar á Dios, tanto con sus virtudes como con la salmodia, lo cual era un motivo de edificación para todo el mundo.

San Isaac venía con mucha frecuencia á ver á san Hipaco, y no cesaba de bendecir al Señor que le había escogido para restablecer el monasterio de Rufino. Le miraba como á su hijo predilecto, pues era considerado como el padre espiritual de todos los religiosos de aquella comarca. Entre los consejos que le dió para la gloria de Dios y el gobierno de sus hermanos, le habló un día de esta manera : « Quiero, hijo, mio, confiaros un secreto de caridad, y deseo que nunca lo olvideis. Ya se halle vuestro monasterio en la pobreza, ya tenga abundancia, nunca negueis la hospitalidad : abrid vuestra puerta á todos los extranjeros que necesiten de vuestros auxilios, y Dios os coronará de gloria. » Hipaco recibió con gran respeto este consejo, y habiéndose puesto de rodillas para recibir la bendición del venerable anciano, no sólo dió hospitalidad á los pobres, sino que salía á buscarlos.

El número de sus religiosos llegó á treinta, y se ejercitaban en la oración y en la caridad para con los pobres y enfermos. Su unión era muy perfecta, y el monasterio de Hipaco era la morada de todas las virtudes. El don que había recibido de curar á los enfermos brilló con más claridad, pudiendo decir con san Pablo que compartía sus trabajos con los afligidos : que era prisionero con los que estaban cargados de cadenas : que sufría con los que estaban agobiados de trabajos : que derramaba lágrimas con los que lloraban, y que se regocijaba con los que estaban alegres. Esta conducta tan digna de un buen cristiano le atraía el afecto y la admiración de todo el mundo.

Un cubiculario ó camarero del emperador, llamado Urbico, le profesaba especial estimación. Convencido de su caridad y del don de milagros con que Dios le había favorecido, le llevó á un desgraciado imbécil, á quien su propio hermano tenía encerrado, y deseaba que muriese para apoderarse de sus bienes. Pero habiéndole hecho

observar un criado de este oficial, que si el enfermo moría en el monasterio, querrían los religiosos que se les indemnizasen los gastos, para lo cual retendrían sus bienes, y que en este caso el hermano le obligaría á pagar, vino alarmado al monasterio, pidiendo que se le devolviese al enfermo para entregarlo al hermano.

San Hipaco le respondió que no podía entregarlo hasta que estuviese enteramente curado, y que si temía por sus propios intereses, le daría un documento firmado por su propia mano, y por el cual se comprometía á suplir todos los gastos que se hiciesen. Aunque con alguna repugnancia por parte de Urbico, continuó el Santo sus caritativos cuidados, pidiendo al Señor la curación del enfermo. Ésta le fué concedida, y habiéndose restablecido enteramente, permaneció en el monasterio, en donde se instruyó en la piedad, y pasó el resto de su vida, dando gracias al Señor por haberle curado y traído á aquella santa casa. Algún tiempo despues cayó nuevamente enfermo, y murió edificando á todos los que le rodeaban.

San Hipaco participó su muerte á Urbico, el cual fué al monasterio y ofreció pagar todos los gastos causados ; pero el Santo no quiso aceptar cosa alguna, y le hizo entrega de todo lo que pertenecía al muerto. Esta generosidad conmovió á Urbico, el cual abrazó con efusión al Santo, y le rogó que á lo menos le permitiese hacer todas las reparaciones que necesitaba el monasterio para hacerlo habitable. En su consecuencia, hizo venir un gran número de trabajadores, y ayudádoles los religiosos, en poco tiempo quedaron concluidos el oratorio, las celdas y la iglesia, pudiendo decirse que se levantó un monasterio de nueva planta y con capacidad, para que lo habitase una numerosa comunidad. Se hizo también un cementerio para los religiosos, y el emperador contribuyó también á la obra.

El Santo hizo construir para él una celda, en la cual se encerraba durante la cuaresma, cerrando la puerta y no dejando más que una pequeña ventana por la cual recibía un poco de pan cada dos días, y hablaba á los religiosos cuando era necesario. Pero aún cuando recibía todo el pan que se le llevaba, se descubrió, que comía muy poco de él, y el día de Pascua salía con un aire tan venerable, que se asemejaba á un ángel del Señor.

Había sido ordenado de sacerdote por Filoteo, que, según la opinión de los continuadores de Bolando, era obispo de Calcedonia, y cuando celebraba la santa Misa, se hallaba su corazón lleno de un respeto tan grande y de una compunción tan viva, que, exhalando grandes suspiros en la presencia de Dios, se movían á lágrimas todos los asistentes. Cuando iba á la Iglesia, todos se sentían llenos de piadoso temor, tanto por las palabras de vida y conmovedoras exhortaciones que les hacía, como por la piedad con que celebraba los divinos misterios. Todos se agrupaban á su alrededor con respetuosa atención, cual tiernos niños que asientan al lado de un padre tierno y cariñoso.

La celda que se había reservado era también para él un lugar de oración y de contemplación, en que Dios le instruía, y le manifestaba con frecuencia los secretos de los corazones, como lo experimentaron muchos religiosos, que, hallándose tentados de diferentes maneras, y mientras que creían que estas tentaciones de nadie eran conocidas, le veían venir en su auxilio para ayudarles con sus consejos á combatir y á alcanzar la victoria sobre el enemigo de las almas.

El abad Jonás, que se acercaba al término de su vida, vino á visitarle por última vez, y despues de orar y de darle su bendición, como abad suyo que había sido, le dijo con ternura: « He querido, hermano mio, venir á veros por última vez, pues estoy próximo á entrar en el camino de mis

padres. No dejo de abrigar alguna queja, de que, siendo mi brazo derecho en mi monasterio, me hayais abandonado. » Tal era la ternura paternal con que se expresaba este venerable anciano, el cual volvió á su monasterio, y en seguida reposó en la paz del Señor.

Pero por grande que fuese la pena de Jonás por haberse separado de él, Dios manifestó de una manera muy clara que había destinado á Hipaco al monasterio de Rufino, tanto por los nuevos milagros que operó, como por el aumento de la comunidad, que llegó hasta el número de cincuenta religiosos. Hipaco experimentó en más de una ocasión los efectos de la divina Providencia, que con frecuencia le proporcionó milagrosamente medios de sustentar á sus religiosos, ora multiplicando los granos, ora purificando el trigo de una cantidad prodigiosa de gusanos que lo devoraban. Así lo dice el historiador de su vida, el cual añade otros muchos milagros que hizo para la curación de muchos enfermos y principalmente para la salvación de las almas; pues además de la gloria de Dios, á la cual dirigía en primer término todas sus acciones, era tan vehemente su caridad para con el prójimo, que nada encontraba difícil cuando se trataba de practicarla. Muy larga sería la enumeración de los prodigios que realizó, limitándonos á decir en general, que no hubo género alguno de enfermedad que no curase con sus oraciones y con el signo de la cruz, y que tenía tal imperio sobre los espíritus malignos, que se veían obligados á dejar los cuerpos de los poseidos, sin que ninguno se le resistiese. Entre otros casos, refiere su historiador uno que patentiza su autoridad sobre los espíritus de las tinieblas.

« Había á tres millas de su monasterio una comunidad de religiosos, dirigida por un superior llamado Eumatho, hombre de una virtud extraordinaria, y que se distinguía por su amor á Dios: Quiso el demonio sembrar la discor-